

P. H. ALLENDE EN EL ÚRUGUAY

En dos oportunidades, 1933 y 1939, visitó Montevideo el maestro chileno P. Humberto Allende, invitado especialmente por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay y por la Universidad de Montevideo. Su estada en el Uruguay no fué pasajera y más o menos pirotécnica, como la de muchos compositores que llegan a estas playas, precedidos de una fama construída a base de «propaganda». Silenciosamente, sin réclame periodística, llegó a nuestro país el maestro Allende a cruzar una mirada cordial con nuestros paisajes, a observar nuestras costumbres, a intimar con nuestros artistas e intelectuales, a enseñar sin pedantería, y a divulgar la música chilena auténtica, ya que la divulgación de su propia música, representa por lo menos, gran parte de la historia de la música chilena, por ser Allende el precursor en Chile de la música artística de carácter nacional, y el maestro de los mejores compositores actuales.

Su labor comprendió en los dos viajes, dos aspectos interesantes: uno representado por sus conferencias y lecciones, y el otro, por la audición de sus composiciones musicales: poemas sinfónicos, tonadas, obras para canto y piano, etc.

En los conciertos organizados por la SODRE. (el órgano oficial de difusión radioeléctrica del Uruguay), ofreció en primera audición, en Montevideo, sus dos poemas sinfónicos esenciales: «La Voz de las Calles» y «Escenas Campesinas Chilenas». En «La Voz de las Calles», Allende nos demostró por primera vez su capacidad extraordinaria para realizar una obra de sólida construcción en el desarrollo de los temas populares tomados de los pregones callejeros de Santiago de Chile, tratados con gran fineza orquestal y armónica. «Escenas Campesinas Chilenas» nos encantó por su sugestivo poder de evocación; en las «Tonadas» para orquesta, construídas en forma de danzas divididas en dos partes, una lenta y la otra animada, Allende realiza la expresión más firme y constructiva de su obra para orquesta, mereciendo por la audacia de algunas de sus innovaciones los elogios más decididos de los críticos franceses, cuando el maestro Straram las diera a conocer en el «Teatro de los Campos Elíseos».

El maestro Allende encontró en Montevideo colaboradores muy eficaces, que sería injusto no recordar: la pianista Mercedes Olivera, la soprano Albertina Vilar del Valle, el pianista Hugo Balzo y María Delia Corchs de Martínez.

Para los que se interesan por la pedagogía en la rama especializada de la enseñanza de la música, la conferencia del maestro Allende en el Instituto Normal de Señoritas, resultó una verdadera lección en el más amplio sentido de la palabra. El maestro Allende comenzó por leer un trabajo compendiado de la historia musical de Chile, desde las primeras manifestaciones del coloniaje hasta el actual desarrollo de la cultura musical de Chile, destacando particularmente la Sociedad Bach, que dirigió Domingo Santa Cruz y editó una revista musical.

Terminada la lectura del trabajo sobre la historia de la música en Chile, el maestro Allende explicó a continuación la organización del Conservatorio Nacional de Música y dió lectura al programa

que él desarrolla en sus cursos de composición, en los cuales se enseña desde el primer año la composición, pues, los alumnos ya vienen suficientemente preparados en armonía.

El pianista Hugo Balzo ilustró al piano esta parte de la conferencia, ejecutando trozos compuestos por los alumnos del maestro Allende que integran un álbum infantil publicado por la Universidad y en el cual figuran composiciones de Alicia Robles, Herminia Raccagni, Armando Urzúa y Judith Aldunate. Estos trozos llamaron justamente la atención y fueron muy aplaudidos.

No menos interesante fué la conferencia de Allende sobre su método para la enseñanza del canto en las escuelas, sencillo y científico a la vez, que despertó el interés de los profesores de canto coral que lo adoptaron en las escuelas de Montevideo.

Organizado por la Sociedad de Amigos de Herrera y Reissig, se realizó en el Palacio de la Música un concierto de música de cámara de obras de Allende, con el «Cuarteto para cuerdas», además de obras para piano como las «Miniaturas Griegas» y las «Tonadas de carácter popular chileno».

Fecunda labor, como se ve, dentro de la brevedad del tiempo: pasaje de verdadera inquietud espiritual y de enseñanza duradera, de un hombre que vino al Uruguay precedido de una gran fama, tanto americana como europea; pero modesto y sencillo, tal como se presentó a las personas que, como yo, tuvimos la oportunidad de intimar con quien desde entonces ha sido uno de nuestros más directos amigos y un músico notable, en el mejor sentido de la palabra, cuya vasta obra Chile reconoce como suya y le consagra por eso mismo, lo que es justo, las más altas distinciones.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS
Montevideo, 1945.